



LA NEGACIÓN DEL OCIO EN LAS SOCIEDADES POSTMODERNAS

JUAN LUIS PARAMIO SALCINES (*)

RESUMEN. En este artículo se argumenta que con la rápida extensión del «capitalismo desregularizado», las nuevas y variadas situaciones surgidas en la organización del trabajo (mayor flexibilización, ascendente precarización y movilidad laboral, mayor presión sobre los trabajadores, aparición de nuevos tipos de contratos, etc.) (Beck, 2001; Gorz, 1995; Luttwak, 2000; Naredo, 2001; Sennett, 1998) están afectando negativamente a la calidad y cantidad del tiempo de ocio de numerosos ciudadanos de países occidentales. De este modo y a diferencia de las sociedades antiguas, en las sociedades postmodernas el trabajo continúa primando como elemento central de nuestras vidas, con una disminución considerable del tiempo libre. Como se puede constatar en un estudio comparativo reciente en países como Estados Unidos (DeGrazia, 1968; Schor, 1991, 1994), Japón (Harada, 1996), Holanda (Beckers, 1996; Peters, 1996), Gran Bretaña (Holliday, 1996; Gratton y Holliday, 1995; Gratton, 1996) y España (El Mundo, 17 de Marzo del 2001) son precisamente las «clases ociosas» postmodernas (Veblen, 1963), profesionales con mayor cualificación y nivel adquisitivo, las que están sufriendo con mayor intensidad este fenómeno.

ABSTRACT. In this article, it is argued that, under the emergence of a new post-industrial form of capitalism economic organization, described as «capitalism of flexible specialization», significant changes are in process on the organization of work (flexibilisation of labour markets, an increased mobility of labour, greater level of pressure on workers, new types of contracts, etc) (Beck, 2001; Gorz, 1995; Luttwak, 2000; Naredo, 2001; Sennett, 1998) which are negatively making an impact on the quality and quantity of leisure time of many Western countries peoples lives. Under these new circumstances and with some differences to pre-modern societies, work is still perceived as the center of people daily-lives in postmodern societies, while, at the same time, there is a significant decline of leisure time. As a recent comparative international study over the significance of work and leisure in Western countries such as the United States (DeGrazia, 1968; Schor, 1991, 1994), Japan (Harada, 1996), Holland (Beckers, 1996; Peters, 1996), Britain (Holliday, 1996; Gratton and Holliday, 1995; Gratton, 1996) and Spain (El Mundo, 17 March 2001) has shown, it is particularly the so-called «postmodern leisure class», described as well educated and well-paid people, who are the group mainly affected by these changes.

(*) Universidad Autónoma. Madrid.

INTRODUCCIÓN

A la vista de los substanciales avances que se han ido desarrollando en la mayoría de los países occidentales a lo largo del siglo XX dentro del denominado período fordista en sectores como el económico (entre otros, mejora sustancial de la producción, mayor desarrollo tecnológico, etc.), el político (afianzamiento de los sistemas democráticos representativos) y el social (consolidación del trabajo, el ocio y el deporte como derechos básicos dentro del Estado del Bienestar), autores de diversas áreas del conocimiento han venido realizando un alegato en pro de la ociosidad al asegurar que nos estamos moviendo hacia una «civilización del ocio» con la mayoría de las clases sociales disponiendo de más «tiempo libre» (véase Dumazedier, 1968; Dunning, 2002; Gorz, 1995; Keynes, 1930; Racionero, 1986; Russell, 2000). En dicho tiempo, la práctica deportiva se ha consolidado como una parte importante del estilo de vida occidental, al generalizarse el acceso a un mayor número de tendencias y prácticas de ocio, deporte y recreación (Roberts, 1999). Muchas de las nuevas tendencias que aparecen están muy ligadas a los cambios socio-económicos y culturales que estamos viviendo en el período postmoderno (Lamour, 1991; Miranda, 1992).

En este artículo, no obstante, se argumenta que, con la rápida extensión del «capitalismo desregularizado» a lo largo y ancho del mundo, las múltiples variaciones surgidas en la organización del trabajo (mayor flexibilización, ascendente precarización y movilidad laboral, mayor presión sobre los trabajadores, aparición de nuevos tipos de contratos, etc.) (Beck, 2001; Gorz, 1995; Luttwak, 2000; Naredo, 2001; Sennett, 1998) están afectando negativamente a la calidad y cantidad del tiempo de ocio de ciudadanos de países occidentales. De este modo y a diferencia de las sociedades antiguas, en las sociedades postmodernas, el trabajo continúa primando

como parte central de nuestras vidas, con una disminución considerable del tiempo libre. Como se puede constatar en un estudio comparativo reciente en países como Estados Unidos (DeGrazia, 1968; Schor, 1991, 1994), Japón (Harada, 1996), Holanda (Beckers, 1996; Peters, 1996), Gran Bretaña (Holliday, 1996; Gratton y Holliday, 1995; Gratton, 1996) y España (El Mundo, 17 de Marzo del 2001) son precisamente las «clases ociosas» postmodernas (Veblen, 1963), profesionales con mayor cualificación y nivel adquisitivo, las que están sufriendo con mayor intensidad este fenómeno.

Los datos aportados por dichos estudios nos permiten constatar que, independientemente de diferencias políticas, sociales, culturales o religiosas, en las sociedades postmodernas el trabajo unido a la preocupación por adquirir un mayor poder adquisitivo ha desbancado al ideal aristotélico del ocio activo y creativo (*otium*). No es de extrañar, por tanto, que en el escaso tiempo libre de las «clases ociosas» modernas, el consumo relacionado con actividades deportivas es si cabe más planificado, ostensible, compulsivo y exigente.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL OCIO, DEPORTE Y TRABAJO

Este ensayo se inicia con un breve recorrido sobre cómo ha ido evolucionado el significado del trabajo, el ocio y las prácticas físico-deportivas desde el comienzo de la civilización hasta nuestros días. En principio, es importante resaltar que tanto el trabajo como el ocio y el deporte, tal como se entienden actualmente, difieren substancialmente del valor acuñado por las sociedades primitivas y clásicas. A diferencia de las sociedades postmodernas, las sociedades antiguas eran arquetipos de sociedades no estructuradas por el trabajo donde el tiempo de ocio, que incluía actividades físicas y recreativas, se consideraba como

un tiempo importante para el progreso y crecimiento personal.

Como nexo de unión entre las sociedades primitivas y clásicas, podemos encontrar un cierto desprecio por aquellas tareas dependientes y generalmente forzadas por la necesidad, que no se practicaban por el placer mismo de hacerlas, sino por sus retribuciones o contrapartidas utilitarias, tareas que hoy, por lo general, se engloban bajo la idea de trabajo (DeGrazia, 1968; Naredo, 2001). Por el contrario, desde su nueva configuración en el siglo XVIII, el trabajo junto con la adquisición de riqueza y el consumo se han ido consolidado como valores centrales de los estilos de vida occidentales. Autores como Beck (2001), Sennett (1998) o Illich (1981) argumentan que en las sociedades postmodernas se trabaja cada vez más tiempo y con mayor intensidad en nuevas modalidades que acrecientan claramente la jornada laboral.

Al igual que el ocio, nadie discute que las actividades físico-recreativas y los juegos también han ocupado una parte importante del tiempo de ocio del ser humano desde sus orígenes. No obstante, como una realidad alejada de los juegos y de las actividades físico-recreativas, el «deporte moderno», tal como lo conocemos actualmente, y el ocio, según Elías y Dunning (1992) señalan, son producto de nuestra civilización occidental. Por otro lado, no existe un único significado del ocio que sea aceptado por todas las sociedades occidentales. Incluso dentro de esas sociedades, grupos o colectivos sociales diversos como hombres y mujeres, personas ocupadas o desempleadas, personas jóvenes o de la tercera edad no entienden o vivencian el ocio y su forma de disfrutarlo de la misma forma. No es extraño, por tanto, que actividades como el ocio y las actividades físico-deportivas puedan ser vivenciadas de formas tan complejas y dispares como diversión, dolor, alineación, placer, libertad, etc. (Veblen, 1963; DeGrazia, 1968; Roberts, 1989).

Esta falta de consenso se hace incluso extensible a la hora de localizar el nacimiento del «ocio». Racionero (1986), por ejemplo, lo sitúa con la formación de las primeras sociedades agrícolas donde los campesinos se veían forzados a entregar los excedentes de producción a las élites de la época, los guerreros y los sacerdotes. El ocio era principalmente disfrutado por parte de dichas élites que no trabajaban porque se aprovechaban de la laboriosidad del resto de la población. Con la extensión de la esclavitud, las clases dominantes empleaban su tiempo libre en actividades creativas como el gobierno, la guerra, las prácticas religiosas, las artes y los deportes (Naredo, 2001). Esta libre y altruista disposición del tiempo coincide plenamente con la definición de ocio acuñada por DeGrazia.

El ocio activo y creador, entendido como tiempo libre después del trabajo, continuaba teniendo una consideración social positiva para los romanos. En consonancia con este hecho, los ciudadanos romanos disfrutaban por aquel entonces de 130 días de fiesta al año. A pesar de este avance social, son los propios romanos los que establecen la etimología del trabajo (*tripalium*), considerado como instrumento de tortura utilizado para obligar a los esclavos. Al igual que en la cultura griega, el trabajo continuaba teniendo un significado negativo para los romanos.

En la Edad Media tampoco se tenía una idea clara de lo que hoy conocemos como trabajo. Incluso el cristianismo de los primeros tiempos mantenía la connotación negativa del trabajo, entendido más como castigo fruto de una maldición bíblica que como objetivo individual o socialmente deseable. Esto se plasmó en un progresivo incremento de los días festivos asociados al culto –mayor que en la época romana–, que llegaron a ocupar cerca de la mitad de los días del año en muchos de los pueblos de la Europa cristiana medieval. Naredo (2001, p. 16) destaca que incluso en las

comunidades más atrasadas de Europa Central se llegaron a celebrar 182 días de fiesta al año.

Con el florecimiento de la revolución industrial y el sistema capitalista moderno junto a la Reforma se produce un primer punto de inflexión con respecto a la valoración históricamente asumida del ocio y del trabajo. Desde entonces hasta nuestros días se ha ido gradualmente consolidando una exaltación de los valores del trabajo («ética del trabajo» o «cultura del trabajo») junto con una revalorización dentro del modelo de acumulación y producción capitalista de factores como la producción y el consumo (Beck, 2001; Sennett, 1998; Russell, 2000). Así, trabajo y consumo se han venido complementando mutuamente y han sido asimilados dentro del estilo de vida occidental como requisitos necesarios para alcanzar la felicidad y el progreso, contraviniendo de esta forma las ideas aportadas tanto por autores clásicos (Aristóteles) como por autores contemporáneos (Russell, Racionero, etc.). No debemos olvidar que tal como entendemos hoy el ocio se debe, entre otros factores, a la organización moderna del trabajo.

El cristianismo también modificó sus postulados anteriores para adaptarse a la nueva valoración social y funcional del trabajo. A partir de entonces, el cristianismo empezó a considerar el trabajo como una vía para alcanzar la salvación eterna (Naredo, 2001). Con este fin, el cristianismo contribuyó, entre otras medidas, a facilitar el recorte de las numerosas fiestas religiosas existentes. Con respecto a la práctica de actividades físico-deportivas, sólo las clases aristocráticas y burguesas podían beneficiarse de un mayor tiempo libre para dedicarlo a estas actividades, mientras las largas jornadas laborales en las fábricas dificultaban que las clases trabajadoras pudieran dedicarle parte de su escaso tiempo libre a la realización de prácticas físico-deportivas (Elías y Dunning, 1992).

SIGNIFICADO DEL TRABAJO Y EL OCIO EN EL PERÍODO FORDISTA

El sistema de producción y acumulación capitalista que se fue instaurando gradualmente en la mayoría de los países occidentales desde la II Guerra Mundial (en España hubo que esperar hasta finales de los años sesenta) durante lo que se conoce como «período fordista» facilitó un rápido crecimiento económico que unido al desarrollo del Estado del Bienestar hicieron creer a muchos gobiernos occidentales que era posible alcanzar el pleno empleo. Con la predominancia de factores políticos y sociales sobre los económicos a lo largo de dicho período (Harvey, 1990), se fueron consolidando relevantes compromisos político-sociales como la economía de mercado, la democracia parlamentaria, el estado social y de derecho con el reconocimiento del derecho al trabajo y a una protección social, etc. (Bourdieu, 1999; Gorz, 1995). Gran Bretaña, por ejemplo, ha sido uno de los países pioneros en reconocer al deporte y a la recreación como derechos básicos dentro del Estado del Bienestar desde principios de los sesenta (ver autores como Coalter *et al.*, 1988; Houlihan, 1991; Paramio, 2000; Roberts, 1989).

Bajo el marco contractual del capitalismo, la organización del sistema de producción tenía como objetivo alcanzar una eficiencia económica. Con este fin, se aplicaron principios de gestión empresarial dentro de la escuela clásica como el taylorismo o el fordismo. Sirir más lejos, Ford consideraba que la producción en masa conllevaría a un aumento del consumo que, a su vez, redundaría en la expansión de la empresa. Esta organización racionalizada del trabajo coincidió, no obstante, con una disminución significativa del tiempo laboral, comparado, sobre todo, con el elevado número de horas de principios del siglo XIX. Ya desde 1870 la Internacional Obrera había conseguido que se regulase el tiempo de trabajo al establecerse un

código social entre trabajadores y patronos. Dicho código tenía por objeto mejorar las condiciones de trabajo así como establecer la jornada laboral mínima.

Esta disminución del tiempo de trabajo (entendido por algunos autores como «tiempo liberado») trajo consigo un aumento del tiempo libre. Paralelamente, el premio Nobel de Economía J. M. Keynes ya se aventuraba a señalar en 1930 el final de la sociedad del trabajo a la vez que advertía a los gobiernos sobre los peligros que podría acarrear el aumento del tiempo libre por parte de la población.

No existe ningún país que pueda contemplar la llegada de la «era del ocio» y de la abundancia sin ningún temor. Es un problema serio para cualquier persona, que no goce de una habilidad especial para ocuparse de sí mismo, especialmente si ya no tiene raíces con la tierra, con el comercio o con las tradiciones socialmente admitidas. *J. M. Keynes (1930) «On the Economic Prospects for Our Grandchildren»*

En esta misma línea, otros autores han venido realizando un alegato en pro de la ociosidad dentro la «civilización del ocio» que se vislumbraba para el final del siglo xx (Dumazedier, 1968; Racionero, 1986; Russell, 2000). No sólo aumentó la cantidad de tiempo libre, sino que el acceso a actividades de ocio, deporte y recreación se hizo extensible a la mayor parte de población, con mención especial a la mayor participación de las mujeres. En este sentido, la democratización del disfrute del ocio aparece ligada a la industrialización.

A pesar de estos avances, los valores asociados al trabajo junto a la acumulación de riqueza y el consumo han continuado estando vigentes, mientras, por otra parte, la inactividad y la ociosidad son consideradas socialmente inaceptables. En palabras de Bertrand Russell (2000), la mayoría de las personas educadas en la época fordista han sido imbuidos de la idea de que «la ociosidad es la madre de todos los vicios» (p. 11).

SIGNIFICADO DEL TRABAJO Y EL OCIO EN LA ETAPA POSTFORDISTA

Desde la década de los setenta del siglo xx asistimos a un creciente cuestionamiento de muchos de los principios políticos, económicos, sociales y culturales por los que se ha venido rigiendo el capitalismo «regulado» (Estado del Bienestar, derecho al trabajo y al ocio, papel de los Estados nacionales, etc). Cuestionamiento que coincide con el renacimiento y adopción de postulados económicos neoliberales por parte de un número cada vez mayor de países occidentales. Este nuevo orden económico global se caracteriza por ser un modelo capitalista de acumulación y producción mucho más flexible y desregularizado que el modelo anterior (Hall *et al.*, 1992; Held *et al.*, 1999; Luttwak, 2000).

Bajo este nuevo orden económico, por citar sólo algunas transformaciones visibles, se observa una creciente centralización de los procesos de diseño y formulación de la producción en un número reducido de ciudades de países capitalistas desarrollados, mientras, por otro lado, la producción, diversificada y fragmentada, se descentraliza y externaliza hacia multitud de localizaciones periféricas de países menos desarrollados, donde existe una mano de obra barata –subcontratada– y con poca tradición sindical (Singapur, Corea o Brasil), aunque a veces, muy cualificada (informáticos en la India) (Fernández Durán 1996; Harvey, 1990; Luttwak, 2000; Naredo, 2001; Paramio, 2000, 2001). La flexibilización y desregulación del capitalismo actual implican una mayor concentración de poder en un número reducido de naciones dominantes o en manos de multinacionales, pero sin una centralización de funciones (Bourdieu, 1999; Sennett, 1998). A este modelo económico también se le atribuyen importantes implicaciones sociales como la formación de enormes bolsas de desempleo en la mayoría de los países occidentales, la flexibilización del mercado

laboral, mayor precarización de las condiciones laborales, expansión de la subcontratación, modificación de las relaciones laborales, la jubilación anticipada, disminución del tiempo para el ocio activo, etc. (Bourdieu, 1999; Gorz, 1995; Sennett, 1998; Schor, 1991, 1994, 1996).

Contra éstas y otras transformaciones surgidas con la globalización económica se levantan numerosas voces críticas (entre otros, véase autores como Bourdieu, 1999; Navarro, 2000; Petras, 1996) y organizaciones como ATTAC (Asociación por una Tasación de las Transacciones Financieras para la Ayuda a los Ciudadanos). Al analizar algunas de las implicaciones de estas transformaciones, Sennett, por ejemplo, argumenta que la flexibilización laboral no sólo está produciendo un incremento substancial en el número de horas trabajadas, sino que está contribuyendo a aumentar la presión sobre los trabajadores. Con la transición hacia lo que Castell denomina «sociedad salarial», el papel que han venido jugando instituciones como el entorno familiar, la iglesia, el grupo de amigos, etc. se están debilitando progresivamente, por lo que el trabajo puede terminar convirtiéndose, cada vez más, en un «hogar emocional» (Dopleer y Lauterburg, 1998, p. 89).

Otro aspecto a resaltar sería que las exigencias para conseguir un empleo han aumentado, aunque muchos de estos empleos que se ofrecen no requieren, en la práctica, de un grado de cualificación acorde a dichas exigencias. Empleo que cada vez más se canaliza en los países occidentales a través de empresas de trabajo temporal (ETTS). Por citar un ejemplo, el 90% de las contrataciones actuales en Estados Unidos se realizan a través de ETTS tipo Manpower, paradigma de dichas empresas con cerca de 700.000 empleados, mientras en España, ese porcentaje se encuentra todavía en el 30% (Rendueles, 2001; Sennett, 1998). No cabe duda que, en gran medida, la proliferación de ETTS ha contribuido a

disminuir los salarios así como a socavar los mecanismos de presión colectiva, tradicionalmente ejercidos por los trabajadores. Esto lleva, según señala Rendueles (2001), a que los empresarios dispongan de una gran cantidad de contratos temporales directos de muy corta duración y de un contingente amplio de parados. Una consecuencia visible de esta situación es que la tradicional colectivización de las relaciones de trabajo está dando paso a un ritmo acelerado a «una individualización desregularizada» (Albizu y Landeta, 2001). Este individualismo favorece la explotación de los trabajadores, pero bajo nuevas fórmulas (Naredo, 2001; Beck, 2001; Rendueles, 2001). En el caso de España, la reforma del sector de las ETTS en 1999 ha contribuido a mejorar relativamente las condiciones de trabajo de los trabajadores dependientes de estas empresas, pero muchas de las características expuestas continúan inamovibles. Al mismo tiempo, los últimos datos señalan que en nuestro país se ha producido una concentración de ETTS al reducirse su número, principalmente debido a la implantación definitiva de las grandes empresas y a la desaparición de las de menor tamaño, en casi un 20% al pasar de 435 a 349 (El Mundo, 4 Febrero 2002; Rendueles, 2001).

Con la desregulación del mercado laboral y el consiguiente abaratamiento de la mano de obra, algunos países, en particular Estados Unidos y Gran Bretaña, han visto cómo el nivel de desempleo ha disminuido, pero sin olvidar el elevado coste social que esta situación está provocando en numerosos colectivos sociales (Luttwak, 2000; Naredo, 2001). No es de extrañar, por tanto, que precisamente en Gran Bretaña se hayan popularizado nuevos tipos de contratos que cercenan los principios laborales tradicionalmente reconocidos. Prueba de ello es la aparición de los denominados «contratos de trabajo a tiempo cero»; contratos que se caracterizan por demandar al empleado absoluta disponibilidad durante

todo el día. De este modo, se le exige el tener conectado el teléfono móvil para presentarse lo más rápidamente posible allí donde exista una oferta de trabajo. Asimismo, aparecen nuevos tipos de empleos cuya escasa retribución económica no permite superar el umbral de la pobreza (los llamados *working poors*), contratos basura, y se produce una intensificación de la ausencia de trabajo (*joblessness*), especialmente significativo en los jóvenes, etc. Muchas de estas transformaciones en el mundo laboral se pueden reconocer en el contexto español.

En el caso de España, el sociólogo norteamericano Petras resalta los efectos perniciosos que la llamada modernización iniciada en el período socialista ha tenido sobre la clase trabajadora con un aumento de la flexibilización laboral, una mayor precariedad del mercado laboral, tasas de desempleo elevadas, etc.; aspectos que han incidido con mayor virulencia sobre los jóvenes, (Petras, 1996). En dicho estudio, Petras hace referencia a la brecha generacional abierta entre padres e hijos. Los primeros, caracterizados como trabajadores fijos y sindicados, y los segundos, los jóvenes que son los que están sufriendo con mayor intensidad muchas de las transformaciones que han ido surgiendo dentro del mercado laboral. Bajo el mandato del gobierno del Partido Popular se insiste en que muchos de los problemas laborales son producto de las rigideces que todavía operan en el mercado laboral (discurso extensible a otros países) (Dolado y Jimeno, 1995).

A estos nuevos tipos de contratos que van surgiendo, podemos añadir el fenómeno de los «sin papeles», creciente en muchos países europeos, entre ellos destaca en los últimos años España. Según remarca Gorz, la aparición de los «sin papeles» ha contribuido a intensificar todavía aún más la precarización del trabajo, a la par que ha permitido la desterritorialización y el nomadismo de la fuerza de trabajo. Esto se

puede apreciar, casi a diario, tanto en Norteamérica como en países europeos. No obstante, no todos los inmigrantes son iguales y se dan situaciones muy diferenciadas según su zona geográfica de procedencia. Así, según constata el colectivo IOE (1994), mientras los inmigrantes procedentes de países de la Comunidad Europea encuentran buenos trabajos, los mayores índices de precariedad laboral en nuestro país se sitúan, principalmente, en los colectivos procedentes de países africanos y de países sudamericanos. Esta precariedad laboral tiene importantes implicaciones sociales, entre otras, conduce a un proceso de marginación social de los colectivos inmigrantes citados (Juárez y Renes Ayala, 1995).

En estos momentos de transición, todos los valores tradicionalmente asociados al trabajo -posición en el espacio social, adquisición de un capital económico y logro de un capital simbólico- se encuentran en entredicho. Dentro del estilo de vida occidental postmoderno se prima más el ganar el mayor dinero posible (si es posible rápidamente) más que la propia utilidad social del trabajo. Esto ha llevado a numerosos autores a afirmar que las transformaciones actuales en el mercado laboral están fomentando una revalorización no del trabajo pero sí del empleo, reforzando la aparición de un nuevo ascetismo del trabajo más compulsivo que el que nos encontrábamos en los albores del siglo XIX (Beck, 2001; San Salvador, 2000; Gorz, 1995; Naredo, 2001; Petras, 1996; Russell, 2000).

INFLUENCIA DE LA FLEXIBILIZACIÓN LABORAL EN EL TIEMPO DE OCIO EN PAÍSES COMO ESTADOS UNIDOS, JAPÓN, HOLANDA, GRAN BRETAÑA Y ESPAÑA

Mientras Estados Unidos fue el primer país pionero en alcanzar la jornada laboral de cuarenta horas en la década de los cuarenta, el resto de los países citados en el

estudio necesitaron casi tres décadas para converger con la jornada laboral americana. En España, la jornada de cuarenta horas está vigente desde la promulgación de la Ley de 29 de Julio de 1983. A pesar de estos datos de la sociedad norteamericana, autores como Bertrand Russell o DeGrazia ya señalaban que tradicionalmente los norteamericanos se han caracterizado por trabajar muchas horas; incluso cuando ya están socialmente establecidos. El estilo de vida de la sociedad norteamericana en general se orienta, de forma individual, principalmente a alcanzar un nivel de vida elevado y, de forma colectiva, a incrementar constantemente los niveles de producción.

Para contrastar estas presunciones, Juliet Schor (1991, 1994, 1996) ha estado investigando profusamente sobre el valor que los norteamericanos realmente conceden al trabajo y al tiempo de ocio. En su libro *The Overworked American: the Unexpected Decline of Leisure* se preguntaba cómo los americanos habían elegido disfrutar los beneficios alcanzados por el incremento substancial de la productividad, bien en forma de más tiempo libre o bien con más dinero. Contrariamente a las expectativas iniciales, halló que en el período 1969-87 la sociedad norteamericana había optado por acumular más riqueza que por disfrutar y disponer de más tiempo de ocio. Un fenómeno que Schor (1996, p. 12) denomina ciclo de «trabajo y consumo» (*the cycle of work and spend*).

Más que reducir el tiempo laboral, la dedicación al trabajo había aumentado considerablemente desde la década de los sesenta. En concreto, un trabajador norteamericano había acumulado 163 horas más de trabajo en 1987 con respecto a su jornada habitual de 1969, o lo que es lo mismo, su jornada laboral anual se había visto incrementada en un mes. Ese incremento se hizo todavía más evidente en el caso de las mujeres, en el mismo período, éstas habían aumentado su jornada laboral en 305 horas

(casi dos meses). De forma técnica, los norteamericanos en general pueden ser descritos como «adictos al trabajo» (*over-worked*). Sin embargo, son los desempleados, los que tienen trabajos temporales o los jóvenes los grupos sobre los cuales esta teoría no se cumple. Al mismo tiempo, Schor encontró que el tiempo empleado en actividades domésticas no había disminuido tanto como se podía esperar de los avances tecnológicos. Estos resultados animaron a otros investigadores a comparar la situación norteamericana con la de otros países occidentales.

De estas investigaciones, podemos encontrar, con algunas diferencias, que en la última década países como Gran Bretaña, Japón (caracterizado por tener el mayor número de horas de trabajo desde la Segunda Guerra Mundial), Holanda (país donde surgieron las primeras empresas de trabajo temporal (ETT) tras la Segunda Guerra Mundial y donde existe un alto porcentaje de trabajadores a tiempo parcial) así como España (ver Petras, 1996) están acercándose, en mayor o menor medida, al modelo norteamericano neoliberal, caracterizado por suprimir todas las regulaciones adquiridas previamente durante el período fordista. Como ya se ha comentado anteriormente, son los británicos los que más se asemejan a los norteamericanos al tener el mercado laboral más desregularizado y flexibilizado de la Comunidad Económica Europea.

Otro aspecto relevante y que se observa con un cierto paralelismo entre los Estados Unidos y los otros países analizados es que son precisamente los grupos que componen la «clase ociosa» de la era postmoderna los que dedican un mayor tiempo a sus obligaciones laborales; obligaciones laborales que se ven incrementadas con otras actividades que, sin ser consideradas trabajo, Iván Illich lo denomina «trabajo sombra» (*shadow work*), les ocupan otra parte importante de su tiempo de ocio (largos desplazamiento al trabajo desde

lugares periféricos, cumplimentar declaraciones de impuestos, hacer gestiones, etc.) (Paramio, 2001a,b). Los profesionales modernos se encuentran cada vez más imbuidos de su afán por ser más competitivos a la vez que están esclavizados por acumular más poder y dinero. En una encuesta realizada a 3000 gerentes de clubes deportivos y de ocio (ver Holliday, 1996) reveló que para el 60% de dichos gerentes británicos era difícil encontrar tiempo suficiente para relajarse, para disfrutar de sus aficiones e incluso para estar con su familia. Seis de cada diez señalaba que su jornada laboral habitualmente se veía substancialmente ampliada por encima del horario oficial. De esta manera, no es de extrañar que los profesionales postmodernos dispongan, por tanto, de menor tiempo para dedicarlo al ocio, el deporte y la recreación, que incluso las clases trabajadoras (Peters, 1996; Gratton y Holliday, 1995; Gratton, 1996; Harada, 1996; Naredo, 2001). Esto nos permite afirmar que el concepto de clase ociosa actual difiere substancialmente del concepto original de Veblen, con los trabajadores teniendo incluso más tiempo libre que sus propios jefes.

En el caso de España, un estudio reciente realizado por el Centro de Dirección Turística de ESADE (Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas) (El Mundo, 17 Marzo del 2001) confirma esta tendencia observada en otros países occidentales al afirmar que la mayoría de los españoles dedican más horas al trabajo que a actividades de ocio. En el caso de Holanda encontramos que es el país europeo donde la jornada laboral es de las más bajas de Europa junto a Bélgica. Sin embargo, cuando hablamos de la jornada laboral de los profesionales holandeses, se confirma la tendencia observada en otros países al encontrar que son los profesionales modernos con edades comprendidas entre 20 y 50 años los que tienen la jornada laboral más completa (Peters, 1996).

Una de las reacciones más frecuentes al incremento de la presión asociada a la organización «flexible» del trabajo es consumir más en actividades de ocio. Entre las nuevas tendencias de ocio, algunas de ellas importadas de Estados Unidos, podemos observar un incremento en la frecuencia de minivacaciones a lo largo del año, a la vez que se produce una reducción en la duración de las vacaciones de verano, un incremento substancial en la compra de aparatos de ocio doméstico (videos, DVD, video-consolas, móviles, etc.), un auge de los denominados «centros de ocio» que se consideran como centros familiares de entretenimiento con la proliferación clónica en todos los países, de multicines, tiendas, restaurantes de todo tipo, grandes superficies comerciales, etc. Muchas de estas tendencias se reflejan en el libro de George Ritzer (1999) sobre los efectos crecientes de lo que él denomina «macdonalización» sobre el estilo de vida postmoderno global.

Por último, no debemos olvidar que incluso para consumir no sólo hay que disponer de dinero, sino también de tiempo libre. Por este motivo, cuando los profesionales modernos disfrutan de su escaso tiempo libre, el consumo relacionado con actividades culturales, deportivas y de ocio es si cabe más planificado, ostensible y compulsivo, con especial énfasis en realizar en el menor tiempo posible el mayor número de actividades, entre las que se encuentran las deportivas (Paramio, 2001a,b). A las nuevas tendencias anteriormente citadas, podemos sumar la aparición de una nueva figura deportiva también importada de EEUU como el entrenador físico personal (*personal trainer*) que puede encontrarse tanto en determinados gimnasios o de manera particular en tu propio domicilio. En esta misma línea de atención personalizada, surgen agencias que se encargan de solucionar todos los problemas domésticos y no domésticos (*personal shopper*) de las clases ociosas

postmodernas (ver *El Mundo*, 7 Noviembre 2001).

CONCLUSIONES

Es importante destacar como primera conclusión que el trabajo en sí mismo no es el origen y la causa de nuestros males, sin embargo, la actual organización del trabajo dentro del actual «capitalismo desregularizado», como ha quedado de manifiesto a lo largo del texto, esta conduciendo a un aumento del tiempo laboral, del desempleo y por ende, a una menor cantidad y calidad de tiempo de ocio. En las sociedades occidentales postmodernas, continúa primando el conseguir un nivel de vida elevado aún a costa de poder disfrutar de un recurso en otro tiempo abundante: el tiempo libre para dedicarlo a actividades activas y creativas y preconizan algunos autores clásicos y contemporáneos.

Si bien Keynes acertó al predecir que la tecnología aumentaría la productividad, sin embargo, erró al predecir que tal aumento de productividad conduciría, según corrobora Schor en su estudio sobre la sociedad norteamericana, a una importante reducción de la jornada laboral y que esta reducción acarrearía problemas por el exceso de ociosidad de la población. El aumento de la productividad se ha traducido en un aumento de un mayor poder adquisitivo y sobre todo, en la capacidad para consumir, pero no, como auguraban otros analistas, en un aumento del tiempo libre.

Ante esta situación, autores como Russell, Bourdieu, Racionero o Naredo coinciden en que es necesario adoptar un nuevo estilo de vida en las sociedades capitalistas contemporáneas. Una de las posibles alternativas pasa por reducir de forma organizada el tiempo de trabajo a la vez que se redistribuya y reorganice dicho trabajo. Discusiones sobre la conveniencia o no de reducir la jornada laboral forma parte actualmente del debate político y social en muchos países europeos. El ejemplo más

significativo lo representa la Ley Aubry en Francia donde se obliga desde el año 2000 a las empresas de más de 20 trabajadores a reducir la jornada laboral de 39 horas a 35. Sin embargo, esta reducción de la jornada laboral en Francia ha sido sólo beneficiosa para algunos sectores, pero en el fondo, según observa el sociólogo Jean Francois Revel, no ha contribuido a reducir el paro (ver *La Razón*, 24 de Marzo de 2002).

Dicha iniciativa legislativa ha incitado, sin gran éxito hasta la fecha, a otros países europeos, entre ellos, España a seguir el ejemplo francés. La última propuesta sugerida por el sindicato de la Unión General de Trabajadores (UGT) en su 38 Congreso Federal cifraba la reducción de la jornada semanal a cuatro días. A estas medidas se oponen muchas empresas, Beckers (1996) cita el caso de la multinacional Phillips que considera que una reducción de la jornada laboral contribuiría a un descenso de la productividad y de la competitividad. No obstante, un autor como Bourdieu señala que éstas y otras iniciativas encaminadas a reducir la jornada laboral sólo se conseguirán cuando una institución supranacional como la propia Comunidad Europea las respalde. Mientras esta situación llega, organizaciones como los Parados Felices de Alemania que relata Beck proclaman la necesidad de romper con el imperialismo de los valores del trabajo en una sociedad de pleno empleo sin pleno empleo. De esta forma, reivindican la sensación de ser felices a la par que están desempleados.

Sabemos que la duración de la jornada laboral tiene implicaciones directas sobre el tiempo de ocio. Las personas que tienen jornadas laborales largas consumen su energía en el trabajo y en su escaso tiempo libre se ocupan sólo de ocupaciones pasivas. Diversos estudios nos muestran que la mayor parte de la población en las sociedades postmodernas (en el caso de España, ver García Ferrando, 1997) ocupa su tiempo de ocio en actividades pasivas: ver partidos de fútbol, la televisión, escuchar

la radio, etc. No es sorprendente, por tanto, que los dos países con mayores jornadas laborales, Japón y Estados Unidos, sean también los dos países que emplean más tiempo viendo programas televisivos (Harada, 1996; Schor, 1996). Por ello, es necesario que desde el ámbito educativo y familiar se fomenten y despierten aficiones más activas y creativas como las acuñadas por las primeras civilizaciones. Al mismo tiempo, este proceso podía ayudar a evitar situaciones de inadaptación social como las que se observan últimamente por parte de algunos colectivos sociales.

Las nuevas pautas en el ámbito laboral exigen que nos replanteemos si aún resulta vigente, la llamada democratización del tiempo de ocio. Son precisamente los profesionales postmodernos, los más cualificados y con mejores sueldos, los que se encuentran más afectados negativamente por la nueva organización del trabajo, incluso más que los propios trabajadores. En general, los profesionales postmodernos son los que emplean más tiempo en su desarrollo laboral y en otras actividades, catalogadas por Illich como «trabajo sombra», que reducen considerablemente su tiempo de ocio a la par que condicionan negativamente el que en el escaso tiempo libre se realice actividad físico-deportiva de forma regular. Cuando tienen algo de tiempo libre se limitan a consumir desmesuradamente, aspirando a realizar el mayor número de actividades. Este proceso coincide, por otra parte, con un aumento de la disponibilidad de tiempo libre en otros colectivos sociales. Desde el punto de vista sociológico, es importante diferenciar entre colectivos que disponen de un tiempo libre de forma voluntaria (entre ellos, sobresalen los jubilados, los prejubilados anticipadamente, etc.) y otros colectivos en los cuales su tiempo libre disponible (excesivo) es involuntario (los parados, los jóvenes, los que tienen trabajos temporales, etc.)

BIBLIOGRAFÍA

- ALBIZU, E. y LANDETA, J. (coord.): *Dirección estratégica de los Recursos Humanos*. Madrid, Pirámide, 2001.
- BECK, U.: «Para acabar con el imperialismo de los valores del trabajo», en *Archiptélagos*, 48 (2001); pp. 25-28.
- BECKERS, T.: «The hidden agenda. The expropriation of time in Europe», en Gratton, C. (coord): *Work, leisure and the quality of life. A global perspective*. Sheffield, Leisure Industries Research Centre, 1996.
- BOURDIEU, P.: *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Barcelona, Anagrama, 1999.
- COALTER, F.; DUFFIELD, B. y LONG, J.: *Recreational Welfare: the rationale for public leisure policy*. Aldershot, Avebury, 1988.
- COLECTIVO IOE.: «La inmigración extranjera en España: sus características diferenciales en el contexto europeo», en CONTRERAS, J. (comp.): *Los retos de la inmigración*, Madrid, Talasa.
- DEGRAZIA, S.: *Tiempo, trabajo y ocio*, Madrid, Tecnos, 1968.
- DOIADO, J. J. y JIMENO, J. F. (coord.): *Estudios sobre el funcionamiento del mercado de trabajo español*, Madrid, Fundación de Estudios de Economía Aplicada, 1995.
- DOPLER, K. y LAUTERBURG, CH.: «Change Management», en ALBIZU, E. y LANDETA, J. (coord.): *Dirección estratégica de los recursos humanos*. Madrid, Pirámide, 2001.
- DUMAZEDIER, J.: *Hacia una civilización del ocio*, Barcelona, Estela, 1968.
- DUNNING, E.: «Emociones y violencia en el deporte contemporáneo», en DEVIS, J. (coord.): *La educación física, el deporte y la salud en el siglo XXI*. Alcoy, Marfil, 2002.
- ELIAS, N. y DUNNING, E.: *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

- EL MUNDO, 17 marzo de 2001, *¿A qué dedica el tiempo libre...si lo tiene?*.
- EL MUNDO, 7 noviembre de 2001, *Para los que tienen todo menos tiempo*.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R.: *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*. Madrid, Fundamentos, 1996.
- GARCÍA FERRANDO, M.: *Los españoles y el deporte, 1980-1995*. Madrid, Csl, Tirant lo Blanch, 1997.
- GRATTON, C. (coord): *Work, leisure and the quality of life. A global perspective*. Sheffield, Leisure Industries Research Centre, 1996.
- GRATTON, C. y HOLLIDAY, S.: «Time limits», en *Leisure Management*, Mayo (1995), pp. 30-34.
- GORZ, A.: *Metamorfosis del trabajo*. Madrid, Sistema, 1995.
- HALL, S.; HELD, D. y MCGREW, T. (coord.): *Modernity and its futures*. The Open University, 1992.
- HARADA, M.: «Work and leisure in japan», en GRATTON, C. (coord): *Work, leisure and the quality of life. A global perspective*. Sheffield, Leisure Industries Research Centre, 1996.
- HARVEY, D.: *The condition of postmodernity*. Londres, Blackwell, 1990.
- HELD, D.; MCGREW, A.; GOIBLATT, D. y PERRATON, J. (coord.): *Global transformations: politics, economics and culture*. Oxford, Polity Press, 1999.
- HOLLIDAY, S.: «All work and no play: has the British workers increasing workload become a barrier to leisure participation?», Comunicación presentada al *congreso World Leisure and Recreation Association*, Cardiff, País de Gales, 15-19 julio, (1996).
- HOLLIMAN, B.: *The Government and Politics of Sport*. Londres, Routledge, 1991.
- ILLICH, I.: «Shadow work, Boston, Marion Boyards Inc», en NAREDO, J.M.: «Configuración y crisis del mito del trabajo», en *Archipiélago*, 48 (2001), pp. 22.
- JUÁREZ, M. y RENES AYALA, V.: «Población, estructura y desigualdad social», en v Informe Sociológico sobre la situación social en España. Síntesis, Madrid, Fundación Foessa, pp. 67-131, 1995.
- LAMOUR, H.: *Manual para la enseñanza de la Educación Física y Deportiva*. Paidós, Barcelona, 1991.
- LA RAZÓN, 24 marzo de 2002, *entrevista a Jean Francois Revel*, p. 24.
- LUTTWAK, E.: *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Barcelona, Crítica, 2000.
- NAREDO, J. M.: «Configuración y crisis del mito del trabajo», en *Archipiélago*, 48 (2001), pp. 13-23.
- NAVARRO, V.: *Globalización económica, poder político y estado del bienestar*. Barcelona, Ariel, 2000.
- MIRANDA, J.: «La posmodernidad y la actividad física», en *Perspectivas*, 13 (1992), pp. 36-41.
- PARAMIO, J. L.: *Public-private partnerships, sport and urban regeneration in Britain and Spain*, Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Loughborough, Gran Bretaña, 2000.
- «Cultura y regeneración urbana: ciudades occidentales en la era postmoderna», ponencia presentada en *las III Jornadas Iniciativa Privada y Sector Público en la Gestión de la Cultura*, Xabide, Vitoria-Gasteiz, 23 al 26 de mayo, 2001a.
- «Cultura, deporte, ocio y regeneración urbana en ciudades occidentales en la era postmoderna», comunicación presentada en el VII Congreso Nacional de Sociología. Convergencias y divergencias en la sociedad global, Federación Española de Sociología, Salamanca, 22 de septiembre, 2001b.
- PETERS, P.: «The changing relationship between work time and free time in The Netherlands», comunicación presentada al Congreso World Leisure and Recreation Association, Cardiff, País de Gales, 15-19 julio, 1996.

- PETRAS, J.: «El informe Petras», en *Ajoblanco*, 3 (1996), pp. 13-82.
- RACIONERO, L.: *Del paro al ocio*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- RENDUELES, C.: «Si las máquinas firmasen contratos: empresas de trabajo temporal y mercado laboral», en *Archipiélago*, 48 (2001), pp. 47-51.
- RITZER, G.: *La McDonalitzación de la sociedad. Un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Barcelona, Ariel, 1999.
- ROBERTS, K.: *Leisure in contemporary society*. Wallingford, Cab International, 1999.
- RUSSELL, B.: *Elogio de la ociosidad*. Barcelona, Edhasa, 2000.
- SAN SALVADOR DEL VALLE, R.: *Políticas de ocio, cultura, turismo, deporte y recreación*. Bilbao, Instituto de Deusto, 2000.
- SCHOR, J.: *The overworked american. The unexpected decline of leisure*. Basic Books, Harper Collins, 1991.
- *La excesiva jornada laboral en Estados Unidos. La inesperada disminución del tiempo de ocio*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1994.
- «Work, time and leisure in the USA», en GRATTON, C. (coord): *Work, leisure and the quality of life. A global perspective*. Sheffield. Leisure Industries Research Centre, pp. 6-21, 1996.
- SENNETT, R.: *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama, 1998.
- VEBLEN, T.: *Teoría de la clase Ociosa*. México, Fondo de Cultura Popular, 1963.

